

VIII

San Pedro.—Minca.—El plantador filósofo.
Los correos

Durante mi estancia de algunas semanas en Santa Marta, me había ya convencido que me sería bastante difícil fundar una explotación agrícola, tal como yo la entendía. Casi toda la llanura está dividida en partes de escasa extensión, pertenecientes á negros ó mestizos que cultivan ellos mismos los árboles frutales y marchan todas las mañanas á la ciudad á vender sus frutos. No podía tampoco pensar en asociarme á ninguno de estos agricultores, bravos sujetos que viven sin ninguna preocupación del porvenir, y pasando la vida perezosamente ó disputando sobre el paso de las aguas de riego, con frecuencia acaparadas en provecho de uno solo. En cuanto á los valles de la Sierra, cuyos terrenos son de una exuberante fertilidad y suficientes para mantener medio millón de hombres, habían sido cedidos, desde hacía mucho tiempo, á algunos grandes capitalistas que no quieren venderlos ni cultivarlos, y que con la vaga y ambiciosa esperanza de una futura colonización emprendida por millones de trabajadores, se nie-

gan á vender la más insignificante parte de su inmenso territorio. Estos capitalistas ni siquiera han visto sus tierras ni han pensado en averiguar su verdadera extensión; pero por las tardes, cuando se pasean por la playa, pueden contemplar los montes azules y los valles llenos de sombra, y exclamar con satisfacción: *Todo eso es mío.*

Las vertientes de Sierra Nevada por el lado de Santa Marta, son las únicas que han sido monopolizadas en previsión de futuras emigraciones; las otras vertientes y la mayor parte de la cordillera central, no han sido aún concedidas á nadie por el gobierno de la república, y todo colono serio puede establecerse sin pasar por las horcas caudinas de otros propietarios. Por desgracia, estas regiones son completamente inaccesibles para los viajeros que salen de Santa Marta y, para penetrar en el centro mismo de la Sierra, es preciso tomar como punto de partida la ciudad de Río-Hacha, ó los pueblos situados al Mediodía en el gran valle del Río-César. No tenía, pues, más remedio que abandonar Santa Marta; pero con objeto de retrasar lo más posible la realización de mi propósito y no perder el tiempo, resolví completar mis estudios preliminares sobre la agricultura colombiana en la vega que riega el Manzanares.

En esta época, las únicas explotaciones serias del distrito, eran las de San Pedro y las de Minca, pertenecientes al mismo propietario, á don Joaquín Mir, el más rico comerciante de la villa. San Pedro está situado no lejos de Mamatoco, entre el Manzanares y su principal afluente que baja desde las gargantas del Horqueta. El agua, elemento tan necesario para las plantas, corre en abundancia por los pequeños acueductos improvisados, en toda la extensión de los canales de servicio; árboles

gigantes, cuyas raíces se sumergen en el río, cubren con sus hojas de un verde sombrío, los vastos cañaverales. En los campos, de donde se escapan perfumes irritantes, se ven innumerables arbustos cubiertos de flores que caen en cascadas sobre sus ramas inclinadas; por todas partes la naturaleza hace su obra como madre generosa y produce sabrosos frutos, apenas sin la intervención del hombre. Las construcciones de la explotación contrastan vergonzosamente con la vegetación que las rodea; generalmente estas presentan un pobre aspecto; las cuadras están sin pavimentar; las máquinas de vapor, enmohecidas, funcionan de tarde en tarde, y la mayor parte del vino de caña se destila para transformarlo en chicha. En una modesta habitación de San Pedro fué donde murió en 1830 el general Bolívar, acusado por sus conciudadanos de haber atentado á las libertades de su patria y de haber intentado gobernar como emperador la república que le había nombrado presidente.

Minca, así nombrada porque una tribu de este nombre ocupó en otro tiempo esta población de la Sierra, es una de las más antiguas plantaciones de café de América, y sus productos son ventajosamente conocidos en todo el mar de Caribes.

Los extranjeros que residen aunque sólo sea algunas semanas en Santa Marta, casi todos van á visitar Minca, y á pesar de las fatigas de una marcha de cinco horas por caminos malísimos, no se arrepienten nunca de haber realizado esa excursión, única que puede hacerse sin peligro por la Sierra propiamente dicha.

Después de haber rodeado la fábrica de San Pedro, se suben sucesivamente las pendientes de varios *peladeros*, y luego se sigue el borde de una

profunda garganta, más bien adivinada que vista, por la grandeza de los árboles y lo apretados que están unos á otros. Cuando del estrecho camino, por el que se va como suspendido, se mira al fondo del valle, preséntase á la vista un abismo de verdura, una mezcla inextricable de troncos, lianas y hojas. Apenas se puede ver un punto blanco, un pequeño lienzo de espuma que indique el paso de un arroyo, cuyas cascadas, no obstante, rugen bajo su bóveda secular, como trueno continuo de tempestad lejana. Por encima del camino, los mismos árboles que en el fondo, no dejan ver sus gigantescos troncos el cielo azulado, pues los tapan con sus hojas y no dejan pasar más que una tenue y misteriosa luz. El suelo mismo desaparece cubierto por un tejido de plantas de toda especie. Una vez llegué hasta el extremo de no poder darme cuenta del paisaje que me rodeaba; me parecía que pasaba sobre un puente de verdura colocado sobre el torrente que susurraba á gran profundidad; pero los árboles que se levantaban á derecha é izquierda, estaban tan bien enaguinaldados de plantas parásitas y de flores, las orillas del puente tan pobladas de altos arbustos tan entremezclados que no pude saber si era obra del hombre ó una bóveda de roca agujereada por el arroyo.

Se comprende que en una naturaleza tan fogosa, el camino esté frecuentemente oculto por la vegetación y obstruído por árboles caídos y embarrancados por la corriente de las aguas; sin embargo, al lado de este camino, cuyas curvas cambian todos los años, se ve aún el antiguo camino de los indios mincas, pavimentado de losas de granito de más de un metro de longitud. En los parajes donde la pendiente del monte es muy inclinada, estas losas aparecen dispuestas en forma de peldaños; lo

más frecuente es que estén puestas de plano sobre el suelo inclinado, formando un piso resbaladizo, por el cual las caballerías no pueden pasar sin exposición, sobre todo cuando llueve. Lo más chocante de este camino, es que no rodea ningún obstáculo, sube por las colinas escarpadas y desciende rápidamente hacia los valles sin desviarse nunca de la línea recta; se ve que este camino fué construido por una raza de montañeses, para quienes la fatiga no era cosa conocida.

Desde la cima de una roca escarpada que hay en el camino, se descubre repentinamente la plantación de Minca como una vasta sabana extendida en medio del verde bosque. Un puente construido sobre el arroyo de Gaira y luego dos filas de naranjos, conducen á la habitación principal, situada á seiscientos metros de altura sobre el nivel del mar y en mitad de la pendiente de una estribación del Hoqueta, dominando una garganta que forma un semicírculo alrededor de la montaña.

Desgraciadamente, este cafetal no está mejor cuidado que la azucarera de San Pedro. Los cafés, plantados de tres en tres metros, están cubiertos de hierbas parásitas; todo está abandonado, inculto. Los obreros mismos parecen bastante más preocupados de la siesta que del trabajo.

¡Cosa extraña! En esta plantación tan fértil, en la que basta sembrar al azar para que la tierra centuple el producto, y en donde podían crecer todos los árboles frutales del globo, no han pensado en roturar un poco de terreno en el bosque para plantar bananos ó un pequeño campo de legumbres, y todas las mañanas una caravana de *peones*, asnos y mulas, tiene que ir á Santa Marta, á cinco leguas de distancia para procurarse las provisiones del día.

Quando me presenté yo mismo al *capataz* Fortunato, el buen hombre se sorprendió mucho de mi inesperada llegada; con gran trabajo pudo hallar en la plantación cuatro bananas y un pan de azúcar para cumplir con elio los primeros deberes de hospitalidad.

Ordinariamente, los visitantes llevan consigo los víveres necesarios para la excursión, con objeto de no verse reducidos á tener por toda comida una taza de café.

La decadencia de Minca data de la abolición de la esclavitud. Antes de esta época, gran número de negros trabajaban en ella, no tratados por el látigo, castigo que jamás sufrieron los esclavos de Colombia, siempre respetados por sus amos, sino bajo una vigilancia rígida y un trato afable que les tenía sujetos por un lazo moral, afecto que á nadie faltaba. El trabajo se hacía con regularidad en presencia ó ausencia del amo, durante las temporadas favorables, y una vez vendidas las cosechas, entraba dinero en abundancia en la caja para *retribuir* á los esclavos sin enriquecerse el señor. Cuando á aquellos siervos se les devolvió la libertad, los propietarios no cambiaron sus antiguas costumbres y en vez de modificar los instrumentos de trabajo y sustituir por obreros libres á los desgraciados esclavos, abandonaron sus propiedades en manos de los antiguos capataces que no sabían nada del libre contrato del trabajo, llegando en muy pocos años á la ruina en que hoy se encuentran.

En un país como Nueva Granada, donde todos los ciudadanos tienen derecho á una parte del suelo, y en donde las exigencias materiales se reducen á la más simple comida, que puede obtenerse con un insignificante trabajo, todo propietario, con objeto de prosperar, debe hacer á sus obreros par-

tipices sus beneficios. Algún tiempo después de mi salida de Santa Marta, don Joaquín Mir, hizo venir directamente de Génova unos cincuenta agricultores, con los cuales esperaba transformar las tierras de Minca en campos florecientes. Estos italianos pasaron los tres meses de su contrato en el más absoluto *far niente*, y, terminado su compromiso, se pusieron a roturar tierras cada uno por su cuenta; la mayor parte se establecieron entre la Ciénaga y Santa Marta en un pueblo recientemente establecido, la Fundación. En él, cerca de cien familias europeas se dedicaron al cultivo del tabaco, y en espacio de cuatro ó cinco años, por la sola impulsión del trabajo libre, lo han convertido en el más importante centro agrícola de las costas de Nueva Granada.

A mi regreso de Minca tuve ocasión de ver cuán fácil es enriquecerse por medio del trabajo agrícola en las regiones montañosas de Nueva Granada. En el fondo de una torca, vi una senda lateral serpenteando por entre las hojas de las plantas de los lados; seguí con cierta curiosidad el camino, y muy pronto me encontré en un trozo de bosque roturado y ante un cobertizo reducido á la más mínima expresión, consistente en una cubierta de hojas sostenida por cuatro troncos derechos. En una hamaca suspendida por largas cuerdas atadas á las traviesas de la cubierta, se columpiaba un anciano de majestuosa cara, leyendo tranquilamente un periódico. A su lado, dos jornaleros dormían profundamente, acostados sobre mantas; una mula, atada á uno de los sostenes del cobertizo, comía hojas de maíz; por tierra se veían esparcidos algunos machetes, monturas, vestidos, marmitas, platos y otros objetos; en un rincón, entre dos piedras ennegrecidas, uncs cuantos

carbones acababan de apagarse. Al ruido que yo hice agitando las hojas, y lleno de gozo al ver un *caballero* extranjero, se sentó sobre la hamaca y me invitó cortésmente á descansar bajo su cobertizo; luego despertó á uno de los peones y le ordenó que extendiera otra hamaca y me preparara una taza de *jengibre*.

Demasiado discreto para interrogarme inmediatamente sobre el objeto de mi viaje, me obligó á explicármelo relatándome él el por qué de haber venido á establecerse en un rancho, perdido en el fondo de la Sierra. Habiendo heredado, desde hacia algunos meses solamente, una porción de tierra de varias leguas cuadradas, el señor Collantes había tomado la resolución; muy extraña á los ojos de sus amigos, de ir á cultivar una pequeña parte de sus vastos dominios. Eligiendo, cerca del camino de Minca, un hermoso valle con agua abundante y desprovisto de grandes árboles, prendió fuego al bosque por varios puntos á la vez, y el incendio, propagándose con rapidez, formó inmediatamente un claro en el que aun se veían algunos troncos ennegrecidos. Dos ó tres días fueron suficientes para que el rancho se levantara sobre las cenizas; la hamaca fué suspendida y Collantes se acostó como sobre un lecho de justicia. Sin perder su posición horizontal, señalaba los trabajos agrícolas é indicaba en qué parte del valle ó de las colinas próximas, sembraría el tabaco, plantaría los bananos y la caña dulce. Comía con sus obreros, bebía con ellos el jengibre ó el café y bastante antes de las horas de calor, no se olvidaba de llamarles para la gran siesta cotidiana. Cada dos ó tres días un peón iba á la ciudad á recoger los periódicos, la correspondencia y las provisiones; algunas veces, los amigos ó extraños que iban á Minca, le hacían una

visita, y el anciano, verdadero filósofo, no deseaba más para ser feliz. Estaba al abrigo de la lluvia, su hamaca y un par de sábanas sustituían á los muebles superfluos de la ciudad; el periódico le daba noticia de lo que pasaba por el mundo; veía ondular, agitados por el aire, sus bananos y cañas; ¿qué más podía desear? Además, estaba seguro de que su empresa tendría un satisfactorio éxito porque los gastos eran casi nulos y los frutos se vendían anticipadamente y á buen precio; no se preocupaba más que de tener ocupación para sus trabajadores, á quienes había hecho socios suyos.

Para estudiar las prácticas de la agricultura tropical, hubiera podido pedir unas cuantas semanas de hospitalidad al plantador Collantes; pero preferí establecerme en las inmediaciones de la ciudad, en casa de un joven é inteligente italiano que tenía un hermoso huerto á media legua de Santa Marta, y cultivaba los árboles frutales más importantes, y algunas plantas industriales. Este joven, contento de tener á su lado un compatriota, porque en la América del Sur todos los latinos se llaman así, acogió mi demanda con alegría, y, bajo su dirección, me puse inmediatamente á trabajar.

En el espacio de algunas semanas aprendí á conocer las diversas clases de frutas, labores y simientes; planté una hilera de bananos, ayudé á recomponer el canal de riego, y, bien ó mal, ya hacía yo la fécula de mandioca; todo esto ante la gran extrañeza de un zambo que ganaba dos pesetas al día maldiciendo y que no podía comprender cómo un hombre, con sus sentidos cabales, pudiera hallar placer en el trabajo.

Yo hablaba mucho, sin embargo y, para mejor hacer mi aprendizaje, elevándome á la *dignidad* de propietario, tuve la idea de comprar un hermoso

jardín situado á orillas del Manzanares y con agua abundante. Me lo ofrecían con una casita y sus árboles frutales por la módica cantidad de treinta y ocho francos. Estaba á punto de cerrar el trato, cuando al ir á consultar á mi italiano, me lo encontré echado sobre una manta con la cabeza ensangrentada; en una riña, después de haber bebido, un compañero de botella le había roto la cabeza con un palo. Esta aventura, que me revelaba ciertos vicios repugnantes en mi patrón, enfriaron mi entusiasmo, y, no hallando á nadie que pudiera servirme de maestro en lugar de Andrea Guistone, resolví aplazar mi viaje á Río Hacha.

Podía elegir la vía marítima ó la de tierra: la primera me parecía mucho más agradable; pero estábamos al principio de la temporada de lluvias, y, sin rodearme de una multitud de precauciones que no estaba en condiciones de tomar, me hubiera sido imposible trasladar mi equipaje por la playa. Además, la carrera hubiera sido horriblemente pesada. Los correos, que eran los únicos á quienes hubiera podido rogar que me sirvieran de guía, hacen en tres días el trayecto de ciento sesenta kilómetros entre Santa Marta y Río Hacha. En las dos primeras etapas, sólo se encuentra un rancho en donde poder hallar algún socorro en caso de accidente; de una población á otra no hay ni siquiera camino abierto, y es preciso seguir las orillas de la playa y pasar por entre el agua y las rocas, en cuya base se estrellan las olas.

Hay parajes en los que es necesario aprovechar el momento en que la ola se retira para arrojarse al agua y, hundido hasta el cuello, pasar de un promontorio á otro. Un momento de vacilación es bastante para que la ola llegue y arrolle cuanto encuentre á su paso, destrozándolo contra los arre-

cifes. Entre Santa Marta y Río-Hacha desembocan veinte ríos. Durante la época de la sequía casi todos depositan sus aguas en las lagunas del interior que están separadas por un cordón del litoral; pero, durante el período de las lluvias, se abren varios cauces en la arena, que cambian cada día, teniendo los correos que pasar más de cien veces con el agua hasta el cuello en las tres jornadas. Cuando estos ríos no son muy profundos, se puede seguir la barra marcada por la línea blanca de las rompientes; pero, andando por la arena, que cede al peso de los pies, no hay que olvidarse de descargar fuertes machetazos a derecha é izquierda para ahuyentar á los monstruos, cocodrilos y tiburones que suelen á veces estar por las orillas. Si el agua es abundante ó la corriente muy rápida para pasar á pie, hay que atarse fuertemente bajo los brazos dos odres, con objeto de que queden fuera del agua el pecho y los brazos, y con el machete en la mano se atraviesa la desembocadura. La administración de correos ha elegido para estos servicios á jóvenes indios, andadores por excelencia que, en caso de necesidad, hacen esa distancia en una sola carrera, llegando al final tan frescos como en el momento de empezar. Estos jóvenes han de ser siempre tres por precisión para poder luchar si el caso se presenta, con los jaguares; uno lleva sobre la espalda el saco de la correspondencia; el segundo se encarga de las provisiones y el tercero lleva las armas y los odres. Cada carrera se paga con veinte francos próximamente.

Seguro de llegar medio muerto si intentaba seguir á tan terribles andadores, tomé el prudente partido de ir por mar. Saqué, pues, un pasaje en la goleta «Margarita» que salía para Río Hacha; me despedí de todos mis amigos y de la ciudad de

Santa Marta, tan bella en medio de sus jardines y á la sombra de sus grandes montes.

Apenas habíamos pasado el Morro, cuando la ciudad desapareció como un ensueño, el más hermoso de mi vida, y la Sierra Nevada, los promontorios y las islas, desaparecieron ocultos por una nube de millones de mariposas blancas, arremolinándose á nuestro alrededor como una tromba.

Durante la travesía, esa nube viva nos ocultó el panorama de la Sierra, y para hacer menos largas las horas, tuve que recurrir á mi pequeña biblioteca; pero mi sorpresa fué grandísima cuando, al abrir mis libros, al parecer intactos, los encontré casi enteramente vacíos, como cajas cuyo contenido hubiera sido sustraído. Durante mi estancia en Santa Marta, en el espacio de algunas semanas, habían sido carcomidos, y salvo las cubiertas y cantos, de la obra entera de un filósofo ecléctico no quedó más que el título en grandes letras mayúsculas doradas. ¡Singular ironía de la suerte!

Después de dos días de travesía, llegamos al mediodía á la vista de unas escarpaduras ó barrancos de arcilla roja que se prolongan al Oeste de la costa de Río Hacha, y en la misma tarde desembarcaba en un largo muelle del puerto.